

Adriana Naveda Chávez-Hita, *Esclavos negros en las haciendas azucareras de Córdoba, Veracruz. 1690-1830*, prólogo de Patrick J. Carrol, Xalapa, Universidad Veracruzana-Centro de Investigaciones Históricas, 1987, 194 p.

La herencia africana en la sociedad, la cultura y la población mexicana ha recibido relativamente poca atención y, por alguna razón, no ha sido enteramente asumida ni aceptada. A pesar de la información existente sobre su importante presencia en la temprana sociedad colonial y la proliferación de mulatos y otros grupos afroestizos en centurias posteriores, muchas obras los mencionan solamente al pasar. Después del trabajo pionero de Aguirre Beltrán, *La población negra de México*, publicado hace más de cuarenta años, las escasas contribuciones posteriores han tenido un carácter más bien general o ensayístico.

Por esta razón es particularmente bienvenida la aparición de este libro de Adriana Naveda, basado principalmente en la información municipal, parroquial y notarial de Córdoba y Orizaba. Así, la autora puede proporcionar muy necesarios datos concretos sobre introducción y comercialización de esclavos, precio, patrones de reproducción y mestizaje, condiciones de vida, división del trabajo en los ingenios azucareros de la región y

formas de manumisión. En algunas páginas confirma y amplía nuestros conocimientos sobre el tema; en otras, describe y analiza aspectos poco conocidos o modifica asertos tenidos por verídicos con un convincente acopio de datos estadísticos. Demuestra, por ejemplo, que la importación de esclavos no decayó en esa zona en el xvii y que incluso tuvo su momento culminante al fin de este siglo.

Particular interés tiene en este trabajo el extenso capítulo dedicado a la resistencia de los esclavos, ya fuese mediante la huida para formar comunidades cimarronas o los alzamientos en los cuales la esclavonía se rebelaba violentamente, destruía las instalaciones de la hacienda y daba muerte a los blancos. Naveda comenta en particular los levantamientos dirigidos por Yanga, que se extendieron desde 1570 hasta 1610 y que llegaron a poner en serio predicamento la existencia misma de los ingenios azucareros y a perturbar seriamente el vital tráfico de viajeros y mercancías entre México y Veracruz; y los poco conocidos levantamientos de 1735, 1741 y 1747. La autora entresaca de la documentación párrafos muy notables de las opiniones de los amos sobre sus esclavos, cuando mencionan "el innato deseo que todos tienen de sacudir el yugo de la servidumbre" o hablan de su "carácter inquieto, revoltoso, bárbaro y fiero". Por otro lado, muestra que las comunidades cimarronas llegaron a ser parte siempre presente de la vida rural de la región de Córdoba-Orizaba, que recurrían una y otra vez a negociar su libertad colectiva con el virrey a cambio de someterse y entablaban relaciones mercantiles y de mutuo interés con arrieros, rancheros, artesanos. Podemos ver incluso situaciones tan sorprendentes como la de funcionarios que se asocian a cimarrones para utilizarlos como agentes en el comercio de vainilla y hacendados que utilizan a los huidos como grupo de choque para desalojar indígenas de tierras en disputa.

De la lectura del libro se desprende que los esclavos jamás aceptaron su condición y siempre lucharon contra el sometimiento y por obtener su libertad.

El punto no es tan obvio como parece. Por ejemplo, aunque muchos autores han supuesto que la población indígena nunca aceptó el dominio colonial y que desarrolló permanentes y variadas formas de resistencia étnica contra el invasor, los estudios concretos señalan que, en su mayor parte, los naturales se inte-

graron paulatinamente a la sociedad novohispana y que incluso sus movilizaciones acabaron por contener un implícito reconocimiento y reverencia a las figuras en que descansaba la legitimidad del régimen —los obispos, virreyes y, en último término, el rey.

Esta peculiaridad de las luchas de los esclavos negros no puede explicarse meramente por las duras y opresivas condiciones en que vivían; los trabajadores de los obrajes, que laboraban en situaciones similares, sino es que peores, no dejaron huella en la historia de la violencia social novohispana. Y, como el libro que comentamos deja en claro, incluso los esclavos más calificados y relativamente mejor tratados —como los maestros de azúcar— se sumaban a los cimarrones. El asunto parece requerir, para su esclarecimiento, de una aproximación más detallada a las formas de convivencia y organización propias de las comunidades de esclavos en los ingenios azucareros veracruzanos.

Hay un último aspecto que vale la pena observar. Naveda señala y prueba con detalle que la esclavitud estaba en decadencia a inicios del siglo XIX y que en esta época proliferaban las manumisiones, no solamente de esclavos ancianos o inhabilitados, sino de hombres y mujeres jóvenes. La autora señala como causa de las revueltas de los negros, su incorporación a las tropas insurgentes y la crisis general de la economía y de los ingenios azucareros; pero en realidad estos factores no parecen decisivos e incluso podría pensarse que actuarían en el sentido contrario. El texto, además, menciona algunas circunstancias intrigantes: se permite a los negros esclavos comprar su libertad trabajando por su cuenta o en beneficio de su dueño; en otras haciendas son libres de hecho, se les paga un salario y se les permite emigrar.

El ejemplo de estudios en otras sociedades esclavistas permitiría suponer que la general tendencia a la manumisión no se debía a elementos circunstanciales; y es posible que, ahondando en el tema, se encuentre una racionalidad económica en la conversión del esclavo en asalariado.

En fin, *Esclavos negros en las haciendas azucareras de Córdoba* es una obra de interés, con el gran mérito de excavar en un tema casi olvidado, en el que sería deseable continuar su exploración.